

LOS DICTADOS DEL POETA

Sagrario Rubio Carro

Con motivo del reciente fallecimiento del eximio escritor astorgano José Antonio Carro Celada, han sido publicados a modo de homenaje diversos artículos y panegíricos, tanto en la prensa y radio locales como en medios de difusión nacional. Esta crítica, unánimemente positiva incide tanto en el ámbito literario como en el humano del brillante escritor.

Desde estas páginas, nos sumamos modestamente a este homenaje del que fuera uno de nuestros colaboradores. Andrés Martínez Oria en el artículo que nos precede, Un verso azul sobre un caballo de ópalo. Reflexiones sobre la poesía de J.A. Carro Celada, nos obsequia con un brillante y emotivo análisis literario de la poesía de D. José Antonio; y Sagrario Rubio Carro, su sobrina, ahonda en el que sigue, en el alma literaria y humana de su tío, sacerdote de Dios, de las letras y de la vida.

Siendo niña, observaba fascinada como él trabajaba en la biblioteca de la casa de los abuelos, se movía entre papeles escritos con letras diminutas que tachaba una y otra vez, corrigiendo, incluso rompiendo, aquellos folios que posteriormente y después de una reelaboración minuciosa compondrían los poemas de sus libros.

Decidí, con un razonamiento simple y por la gracia que suponía todo aquel follón de papeles revueltos, que lo mío era escribir, y al igual que él, enfrascada entre folios, bolígrafos y una concentración silenciosa para que la inspiración llegara a mi mano, compuse un total de doce redacciones tan aburridas como simpáticas, dedicadas a objetos tan poco importantes como “el aspersor” del jardín, tan banales como “el teléfono” o “el collar”, tan inusuales como “el reloj”, tan dispares como “la madera” o “la luz”, o tan profundas como “la vida”; ésta última desbordaba mi razonamiento y la descripción se perdía y entrelazaba con temas tan poco filosóficos como “la mariposa”, “la montaña que da frío” o “el agua que inunda los campos”.

Recuerdo que como mis textos no estaban suficientemente tachados, como él hacía con los suyos, ni habían sido rasgados para un nuevo comienzo, como pasaba con



sus textos, preferí mostrárselos para saber su parecer, ya que aquellas redacciones me salían de un tirón y se acababan en la mitad del folio; algo me hacía pensar que mi táctica fallaba y que el acto de escribir era algo más meditado y reposado. Se los leí con mi mala expresión de 7 años. Viéndolos ahora, no sé cómo no se aburría con mi lectura: los tachones que formaban parte de la tarea de escribir fueron evidentes y no quedó palabra sin corregir. Por supuesto, yo estaba orgullosa de mis páginas escritas; sin embargo me di cuenta de cómo mis letras quedaron ilegibles por falta de palabras bien concordadas.

Alarmado por mis descripciones inconexas y por mi ortografía, mi tío José Antonio decidió

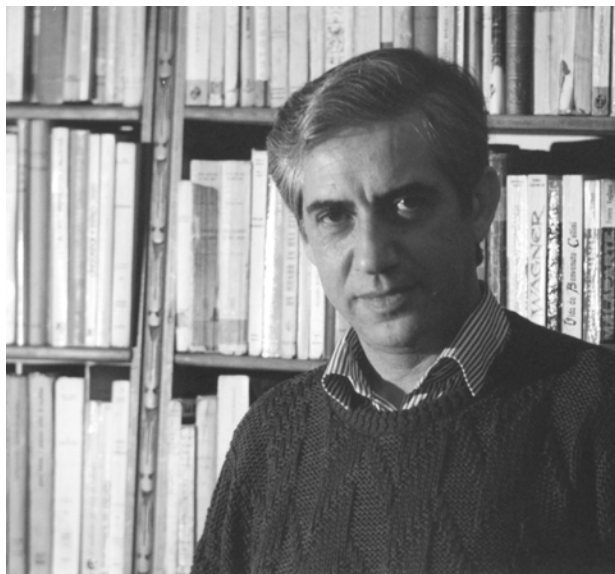
remediar lo que hubiera sido una catástrofe para mi vida estudiantil, y es que las faltas de ortografía dañaban la vista de cualquier posible lector familiar, y enfrentarse a la lectura de mis trabajos era un acto heroico.

Así que con el calor del verano, comencé mis clases de ortografía y expresión escrita. No sabía yo entonces que el escribir aquellas redacciones tan malas tuviera como consecuencia unos dictados que me acercarían a la lectura posterior de unos autores de los que en ese momento me costaba incluso pronunciar su nombre.

Sentados en la mesa de piedra redonda del jardín de la casa, uno frente al otro, comenzaba la clase de ortografía:

Un modesto joven se dirigía, en pleno verano desde Hamburgo, su ciudad natal, a Davos-Platz, en el cantón de los Grisones...

Me resultaba difícil comprender cada palabra de ese dictado; su escritura me llevaba más tiempo de lo normal:



no es nada, es un suspiro, // pero nunca sació nadie esa nada...

No conectaba con lo que el poeta quería decir, copiaba las palabras según salían de su voz hasta completar la lectura. Se dio cuenta de mi falta de comprensión, quizás por mi corta edad, y decidió ampliar la clase explicándome al final de cada dictado el contenido del mismo:

Telémaco salió de la morada, llevando su lanza en la mano. Y dos perros veloces le siguieron...

La historia griega fue apasionante, sus explicaciones me abrían la mente e imaginaba ser cada personaje:

A las cinco de la tarde.//Eran las cinco en punto de la tarde.// Un niño trajo la blanca sábana// a las cinco de la tarde...

Mis preguntas se hacían interminables, aquellos textos le hacían hablar de cada personaje, de cada situación en la que aparecían y conseguía que me viera en esa plaza como el niño con “la blanca sábana”:

Aquel ramal del lago de Como que, torciendo hacia el sur entre dos cordilleras de montes, forma varios golfos y ensenadas...

No escatimó ni un segundo de su tiempo para involucrarme en la configuración de aquellas narraciones:

Nací en el año 1632 en la ciudad de York en el norte de Inglaterra...

Él me hacía ser también como Crusoe, que una aventura me llevara a otra y a permanecer en una isla desierta.

Aquellos relatos se mezclaban con el calor de la tarde. El tiempo de escritura finalizaba con otro más amplio de comentario, y éste me llevaba a crear otras descripciones que plasmaba en mi cuaderno. Durante esa época, esperaba con impaciencia el siguiente texto para copiar, poco a poco. Como el niño que empieza a leer y comprende el mecanismo de ir mezclando una consonante y una vocal hasta formar una palabra, iba yo entendiendo aquellos pequeños trozos de los libros, que él sacaba cuidadosamente de la estantería de su despacho.

Al final del verano, recapacitando sobre mis primeras redacciones, me di cuenta que escribir por ejemplo sobre “el aspersor”, que aquel año habían comprado mis abuelos para regar la pequeña pradera del jardín, era una trivialidad. Yo misma reconocía que mi elección del tema había sido por la rareza de la palabra; sin duda, lo que me había atraído era el nombre que aportaba el objeto; o escribir sobre “la vida”, algo tan amplio y difícil que ni yo misma sabía cómo llegar a un final coherente; también me di cuenta que mis escritos no eran episodios divertidos y apasionantes o poemas tiernos y emotivos como los que aparecían en aquellos libros que él seleccionaba cuidadosamente para mí. Los dictados de ese verano, no sólo cambiaron mi ortografía, sino que también me acercaron a la lectura de escritores que han influido en mi manera de ser.

Sé que al igual que yo otras personas siguieron atentamente sus *dictados de verano*: amigos, alumnos, periodistas o compañeros de trabajo de José Antonio recibieron el entusiasmo de una buena conversación, una buena clase, una disertación sorprendente o una buena corrección de textos; seguramente muchos de ellos se acordarán de esos momentos entrañables y amenos, que quizás como me pasó a mí, mejoraron su vida.